

Vivir la santidad de Dios

En esta solemnidad de Todos los Santos, celebramos la santidad de Dios, no solo en los hombres y las mujeres del mundo, sino en toda la creación. Porque todo lo que nace del amor es santo. Además, celebramos la felicidad, porque santidad y felicidad van unidas de por vida. ¿Dónde está la santidad y la felicidad?, ¿cómo la sentimos y la vivimos?, ¿cuál es su lugar privilegiado? La santidad y la felicidad vienen de Dios al corazón de las personas que viven abiertas a la gratuidad y disponibilidad, en un servicio a la comunidad humana buscando siempre el bien que haga felices a los hijos e hijas de Dios.

La felicidad según el sentir del mundo tal y como se entiende en cada época de la historia tiene algunas variantes, pero no muchas, solo hay algo que las une: la felicidad y la despreocupación por el futuro y una ceguera por la pobreza y miseria de su entorno. Pero esa no es la felicidad como la entendía Jesús de Nazaret. Veamos: En los tiempos en que Jesús proclamaba las Bienaventuranzas, el perfil de una persona feliz sería un varón adulto, con buena salud, casado con una mujer honesta y fecunda, con hijos varones (las hijas eran un problema), unas tierras ricas, observante religioso y respetado en su pueblo. Hoy tenemos el mismo perfil, solo sobran la religión, los hijos (uno o dos son suficiente); la ética y la moral se viven y se comprenden de aquella manera o de ninguna, y la falta de escrúpulos en el modo de enriquecerse. Para mucha gente, por desgracia, esta es la felicidad.

El espíritu de la Bienaventuranzas no cuadra con el concepto de felicidad en la sociedad a lo largo de la historia. Francisco de Asís cuando intuyó el abismo que había entre los pobres de su tiempo y la nobleza, los burgueses y el alto clero, gritaba por las calles de Asís: «El amor no es amado». Y Jürgen Moltmann tiene una sentencia que traspasa el corazón: «Dios sufre donde sufre el amor».

Es necesario que nos acerquemos a las Bienaventuranzas para descubrir en ellas ese contenido de inagotables resonancias siempre nuevas. Siempre encontraremos en ellas una luz diferente para el momento que estamos viviendo y siempre es bueno hacer una lectura personal y comunitaria para descubrir toda la riqueza inabarcable que llevan dentro de sí.

J. A. Pagola hace una preciosa reflexión sobre las Bienaventuranzas que merece la pena escuchar:

Dichosos «los que tienen espíritu pobre», los que saben vivir con poco. Confiando siempre en Dios. Dichosa la Iglesia con alma de pobre porque tendrá menos problemas, estará atenta a los necesitados y vivirá el Evangelio con más libertad. De ella es el reino de Dios.

Dichosos «los sufridos», los que viven con corazón benévolo y clemente. Dichosa una iglesia llena de mansedumbre. Será un regalo para este mundo lleno de violencia. Ella heredará la tierra prometida.

Dichosos «los que lloran», porque padecen injustamente sufrimientos e marginación. Con ellos se puede crear un mundo mejor y más digno. Dichosa la Iglesia que sufre por ser fiel a Jesús. Un día será consolada por Dios.

Dichosos «los que tienen hambre y sed de justicia», los que no perdieron el deseo de ser más justos ni el afán de hacer un mundo mejor y más digno. Dichosa la Iglesia que busca con pasión el reino de Dios y su justicia. En ella alentará lo mejor del espíritu humano. Un día su anhelo será saciado.

Dichosos «los misericordiosos». Que actúan, trabajan y viven movidos por la compasión. Son los que, en la tierra se parecen al Padre del cielo. Dichosa la Iglesia a quien Dios le arranca el corazón de piedra y le da un corazón de carne. Ella alcanzará misericordia.

Dichosos los que trabajan por la paz» con paciencia y fe, procurando el bien para todos. Dichosa la Iglesia que introduce en el mundo la paz y concordia, reconciliación y no enfrentamiento. Ella «será hija de Dios».

Dichosos los que «perseguidos por causa de la justicia», responden con mansedumbre a la injusticias y ofensas. Ellos nos ayudan a vencer el mal con el bien. Dichosa la Iglesia perseguida por seguir a Jesús. De ella es el Reino de Dios.

Vivir el espíritu de las bienaventuranzas no consiste en decidirse por una vida más infeliz y fastidiosa, sino, tener un corazón abierto al dolor del mundo, a las miserias que vive mucha gente injustamente, y, sobre todo, tener un corazón muy humano que orienta su existencia y su libertad al servicio de todos los que son injustamente tratados por los poderosos de este mundo. Las bienaventuranzas son una escuela de vida y vivimos en ella cuando somos conscientes del bien porque la quintaesencia de la santidad es vivir haciendo el bien en nuestro que hacer de cada día sin esperar nada a cambio de nuestra donación y de nuestra gratuidad. Es vivir el amor sin medida.

El espíritu de las Bienaventuranzas nos llena de un gozo profundo, un gozo que se puede sentir en medio de las lágrimas y del sufrimiento que acarrea vivir enfrentado a la injusticia, pero es un bien que nadie nos puede arrebatar. Y ese gozo que viene del Espíritu Santo de Dios nos pone en comunión con la gran nube de testigos, de todos los que pasaron sus grandes penas y lavaron y blanquearon sus vestidos en la sangre del Cordero. Sabemos que no estamos solos en esta lucha, la Bienaventuranzas nos unen a los que nos precedieron. Ellos viven ya la plenitud de la felicidad y del amor. Nosotros vivimos en esperanza.

<https://www.monasteriodesobrado.org/>